

los tumultos, los ruidos sordos é indistintos, cosas de las cuales se decian entre sí : *Esa es la caballería, ó bien : Son cajones de la artillería que van al galope*, los clarines, los tambores, los fuegos de fusilería, y sobre todo, aquel lamentable somaten que no cesaban de tocar las campanas de Saint-Merry. Esperábase de un momento á otro oír el primer cañonazo. Por las esquinas de las calles se presentaban unos hombres que desaparecian despues gritando : ¡ Á casa ! ¡ vuélvase cada cual á su casa ! Y muchos se apresuraban á echar cerrojos á sus puertas. Otros decian : ¿ Cómo concluirá esto ? De instante en instante, á medida que la noche avanzaba, parecia que París se iba cubriendo cada vez más por el lúgubre y formidable resplandor de la insurreccion.

LIBRO UNDÉCIMO

EL ATOMO

FRATERNIZA CON EL HURACAN

I

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA POESÍA
DE GAVROCHE. — INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA

En el instante mismo en que la insurreccion, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del Arsenal, determinó un movimiento hácia atras en la muchedumbre que seguía el carro fúnebre, y que, en toda la longitud de los boulevards, pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, fué aquel un reflujó espantoso. Aquella inmensa muchedumbre se bamboleó del uno al otro extremo, rompiéronse las filas, todos corrieron, se alejaron, escaparon,

los unos profiriendo gritos de ataque, los otros con la palidez propia de la fuga. El gran río que cubría los boulevards se dividió en un abrir y cerrar de ojos, desbordó á derecha é izquierda, y se derramó en torrentes impetuosos, por doscientas calles á la vez, con la corriente precipitada y violenta de una esclusa que acaba de soltarse. En este momento, un muchacho desarrapado, que descendía por la calle de Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano de los Alpes en flor que acababa de coger en las alturas de Belleville, percibió en la delantera de la tienda de un baratillo tenido por una anciana una pistola vieja de arzon. Al verla, arrojó al suelo su rama florida y gritó :

— Tía fulana, le tomo á usted su instrumento prestado.

Y se largó á toda prisa con la pistola.

Dos minutos despues, una porcion de bourgeois asustados que iban huyendo por la calle Amelot y la calle Basse, encontraron á aquel muchacho que blandía su pistola y cantaba al mismo tiempo :

La nuit on ne voit rien,
Le jour on voit très bien,
D'un écrit apocryphe,
Le bourgeois s'ébouriffe,
Pratiquez la vertu,
Tutu chapeau pointu !¹

Era el niño Gavroche que tambien iba á la guerra.

Al llegar al boulevard fué cuando notó que la pistola carecia de gatillo.

¿ De quién era esa copla que le servia para marcar el paso, y todas las demas canciones que, en ocasiones dadas,

¹ Nada se ve por la noche, pero de dia se ve muy bien, un escrito apócrifo hace despeluznar á un bourgeois. Practicad la virtud, ¡ tururú, sombrero de chistera !

solia él cantar espontáneamente? lo ignoramos. ¿ Quién sabe? tal vez eran suyas. Por lo demas, Gavroche se hallaba al corriente de todos los cantos populares á la moda, entre los cuales mezclaba él sus propios gorjeos. Duende y galopin á la vez, hacía una mezclanza de las voces de la naturaleza y de las voces de París. Combinaba el repertorio de las aves con el repertorio de los talleres. Conocía á muchos aprendices de varios artes y oficios, tribu contigua á la suya; y aún él parece que lo habia sido tambien, tres meses, en una imprenta. Un dia habia él hecho un mandado para el señor Baour-Lormian, uno de los cuarenta. Gavroche era un gamin letrado.

Por lo demas, Gavroche estaba muy léjos de pensar que en aquella horrible y lluviosa noche en que habia él ofrecido á dos criaturitas la hospitalidad de su elefante, habia ejercido los oficios de providencia con sus propios hermanos. Sus hermanos por la tarde, su padre por la mañana; tal habia sido aquella noche para él. Al dejar la calle de los Ballets, al amanecer, se habia vuelto á toda prisa á su elefante, habia extraido de él artísticamente los dos chinorós, habia partido con ellos un almuerzo cualquiera de su invencion, y despues se habia marchado, confiándolos á esa buena madre la calle que casi le habia criado á él mismo. Al dejarlos, les habia dado cita para la noche en el mismo sitio, dirigiéndoles por despedida este discurso : *Yo rompo mi baston, ó en otros términos, yo chapesco, ó como dicen en la corte, me najo. Mis chinorós, si no encontráis á papá ni á mamá, volved aquí esta noche. Yo os dinaré algo que jallipear, es decir, cenar, y os achirdaré, ó para que lo entendáis bien, os acostaré.* Los dos niños, recogidos por algun agente de policia y conducidos al depósito, ó robados por algunos saltimbanquis, ó simplemente extraviados y perdidos en este inmenso dédalo de París, no habian vuelto. Las capas inferiores de la actual sociedad abundan

considerablemente en esta especie de huellas perdidas. Gavroche no habia vuelto á verlos. Desde aquella noche habian transcurrido ya diez ó doce semanas. Más de cuatro veces le habia sucedido ya el rascarse en lo alto de la cabeza y decir : ¿ Dónde diablos habrán ido á parar mis dos niños ?

Entre tanto habia él llegado, con su pistola empuñada, á la calle del Pont-aux-Choux. Notó desde luégo que no habia ya, en aquella calle, sino una sola tienda abierta, y, cosa digna de reflexion, una tienda de pastelería. Era aquella una ocasion providencial de comer aún un *chausson* ó pastel de manzanas ántes de entrar en lo desconocido. Gavroche se detuvo, se palpó pecho y costados, se registró y aún volvió de adentro afuera todos los bolsitos, pero no halló nada, ni un sueldo siquiera, y se puso á gritar : ¡ Socorro !

Es en verdad cosa dura el verse privado del pastel supremo.

No por eso sin embargo dejó Gavroche de proseguir su camino.

Al cabo de dos minutos, se hallaba en la calle de San Luis. Cuando atravesaba la calle del Parc-Royal sintió la necesidad de indemnizarse del imposible pastelillo de manzanas, y se procuró el inmenso deleite de rasgar en mitad del dia los carteles de teatros.

Un poco más allá, como viese pasar un grupo de seres robustos, lozanos y rozagantes, que le parecieron propietarios, se encogió de hombros y escupió al aire y alazar esta bocanada de bilis filosófica :

— ¡ Qué gordos están siempre estos renteros ! Es claro, no tienen otra cosa que hacer sino achispase y chapotearse en buenas comidas. Preguntadles qué es lo que hacen de su dinero. Ni lo saben ellos siquiera. ¡ Toma ! se lo comen. Todo se lo consume el vientre.

II

GAVROCHE EN MARCHA

Agitar en la mano en mitad del dia y en medio de la calle una pistola sin gatillo es una funcion pública de tal naturaleza, que Gavroche sentia acrecer su númen y su verbosidad á cada paso. Y entre algunos restos ó destrozos de la *Marsellesa* que iba cantando, se puso á gritar :

— Todo marcha á las mil maravillas. Yo sufro bastante de la pata izquierda, me he roto mi romadizo, pero estoy contento, ciudadanos. Ya se pueden ir preparando los bourgeois, pues voy á estornudarles unas cuantas coplas subversivas. ¿ Qué cosa son los espiones polizontes ? son unos perros. ¡ Perrones ! ¡ chito ! no faltemos al respeto á los señores perros..., ni á los gatos tampoco ; pues á fe que bien quisiera yo tener uno, es decir, un gatillo en mi pistola. Vengo del boulevard, amiguitos, aquello está caliente que rabia, el caldo que allí hierve echa un vapor-

cillo, ó un humillo, ó un humazo, que huele á pólvora. Caece aquello que es un primor; y ya es tiempo de espumar la olla. ¡ Adelante los hombres! ¡ que la sangre impura inunde los surcos! ¡ Yo doy mi vida por la patria, ya no volveré á ver á mi concubina, ta ta, esto concluye ya, sí, ta ta! ¡ pero, me es igual, viva la fiesta y viva la gresca! ¡ á batirnos, caracoles! ya estoy yo harto de despotismo.

En este mismo instante, el caballo de un lancero de la guardia nacional que pasaba por allí cayó en tierra, con el jinete; Gavroche depositó su pistola en el suelo, acudió presuroso, levantó al guardia nacional, y en seguida ayudó á este á levantar el caballo. Hecho esto, recogió su pistola y prosiguió su camino.

En la calle de Thorigny, todo era paz y silencio. Tal apatía, propia del Marais, contrastaba singularmente con el vasto rumor de los barrios inmediatos. Cuatro comadres estaban conversando en el umbral de una puerta. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero París tiene cuartetos de comadres; y el « tú serás rey » sería no ménos lúgubramente lanzado á Bonaparte en la encrucijada de Baudoyer, que á Macbeth en el matorral de Armuyr. Sería, con corta diferencia, el mismo graznido.

Las comadres de la calle de Thorigny no se ocupaban sino de sus propios negocios. Eran tres porteras y una traperera, con su cuévano y su gancho.

Parecían hallarse de pié todas cuatro en las cuatro esquinas de la vejez que son la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La traperera era humilde. Entre es agente que vive al aire libre, la traperera saluda, la portera protege. Esto depende del rinconcillo del guardacanton que es lo que las porteras quieren que sea, abundante ó pobre, segun el humor,

más ó ménos generoso, del que hace el monton. Una escoba puede ser generosa.

Aquella traperera era todo un cuévano reconocido, y sonreía, ¡ y qué sonrisa! á las tres porteras. Declíanse allí cosas por el estilo:

— ¿Ea vaya, conque su gato de usted es siempre tan malo?

— Jesus, los gatos, ya lo sabe usted, son naturalmente enemigos de los perros. Son los pobres perros los que se quejan.

— Y la gente también.

— Sin embargo, las pulgas de gato no se van hácia la gente.

— ¿Y qué le hace eso? de todos modos, los perros son bichos muy peligrosos. Yo me acuerdo de un año que habia tantos perros, que fué preciso ponerlo en los periódicos. Era en la época en que habia en las Tullerías grandes carneros que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿ Se acuerdan ustedes del rey de Roma?

— ¡ Yo! á mí me gusta más el duque de Burdeos.

— Pues yo conocí á Luis XVII. Luis XVII es mi preferido.

— ¡ Es la carne la que está cara, señá Patagon!

— ¡ Ah! no me hable usté de eso, la carnicería está hecha un horror. Un horror horrible. Ya no dan más que huesos y piltrafas.

Aquí intervino la traperera:

— Señoras, el comercio va muy mal. Los montones de la basura están enteramente pelaos. No parece sino que ya nadie tira naa. ¡ Too se lo comen!

— Ande usté, tia l'oricona, que otras hay más pobres que usté.

— ¡ Ah! en cuanto á eso, es verdad, respondió la traperera con deferencia, yo al ménos tengo un oficio.

Siguióse una pausa, y la traperera, cediendo á esa nece-

sidad de ostentacion que constituye el fondo de la naturaleza humana, en todas las clases, añadió :

— Por la mañana, al entrar en casa, expurgo mi cuévano, y hago en él mi lesion (mi eleccion quiso decir, sin duda). Eso hace tantos montones en mi cuarto ! Los trapos los echo en un cesto, los tronchos en una cubeta, las cosas de ropa blanca en mi armario, las de lana en mi cómoda, los papeles viejos en el rincon de la ventana, lo que es bueno para comer en mi cazuela, los pedazos de vidrio en la chimenea, los zapatos detras de la puerta y los huesos debajo de mi cama.

Gavroche, que se habia parado detras de ellas y estaba escuchando, dijo :

— ¡ Vamos con las abuelas ! ¿ qué es lo que ellas hablan ahí de politica ?

Una fuerte andanada descargó sobre él entónces, compuesta de una cuádruple grita :

— ¡ Aquí tienen ustedes otro tunante !

— ¿ Y qué es lo que lleva ahí muy agarrao con sus pezuñas ? ¿ no es una pistola ?

— ¡ Hágame usted el favor, un asqueroso de muñeco !

— Será de esos que nunca están tranquilos si no dan al traste con la autoridá.

Gavroche, con el mayor desden, se limitó, por toda represalia y por toda respuesta, á levantar la punta de su nariz con su dedo pulgar abriendo la mano toda entera.

La trapera gritó :

¡ Bribon, vagabundo, descamisao, sin vergüenza !

La que respondia al nombre de señá Patagon (*mame Patagon*) se puso á palmotear con sus manazas estrepitosamente, produciendo el mayor escándalo, y dijo :

— Va á haber desgracias, es seguro. Al galopin de al lao, el que lleva perilla, le veía yo pasar todas las mañanas con una muchacha del brazo que llevaba su papalina

blanca con cintas color de rosa ; pero hoy le he visto pasar, y lo que llevaba al brazo no era la chica, sino un fusil. La señá Bacheux dice que la semana pasáa ha habió una revolucion en... en... en... — ¡ dónde hay terneras ? — en Pontoise. ¡ Y despues, lo ven ustedes ahí con su pistola, á ese horror de pilluelo ! Parece que está too lleno de cañones en los Celestinos. Cómo quieren ustedes que haga el gobierno con unos bribones que no saben qué inventar cada dia para incomodar á la gente, cuando ya comenzábamos á estar algo tranquilos despues de todas las desgracias que ha habido, Dios de mi vida, aquella pobre reina que vi yo pasar en la carreta ! Y todo esto nos va á poner aún más caro el tabaco. ¡ Es uúa infamia ! y ciertamente que he de ir yo á verte guillotinar, malhechor.

— ¿ Estás sorbiendo, ó es que gangueas ? buena vieja, anda y suénate el promontorio.

Y prosiguió adelante.

Cuando hubo llegado á la calle Pavée, se acordó de la escena con la trapera y sus tres amigas, y tuvo este soliloquio :

— Haces mal en insultar á los revolucionarios, tia Rincon-del-Guardacanton. Esta pistola, es en tu interes, va en favor tuyo, majadera. Es para que tengas en tu cesto más cosas buenas que comer.

De improviso oyó ruido detras de él : era la portera Patagon que le habia seguido, y que, de léjos, se las iba jurando con el puño cerrado y gritando :

— ¡ Tú no eres más que un bastardo !

— ¿ Nada más que eso ? dijo Gavroche, pues de eso me río yo á dos carrillos.

Poco tiempo despues pasaba por delante del hôtel Lamignon. Al llegar allí, lanzó esta voz de llamada :

— : En marcha, hácia la batalla !

Y fué acometido instantáneamente de un acceso de melancolía. Miró hácia su pistola con un ademan como de reproche que parecia probar á enternecerla :

— Yo marchó, la dijo, pero tú no marcharás.

Un perrillo vino á tiempo para distraerle de la falta de gatillo de su pistola. Con efecto, pasó á la sazón por allí un perrito de aguas muy flaco, y Gavroche se compadeció de él.

— Mi pobre tustús, le dijo, sin duda te has tragado algun tonel, puesto que se te ven todos los aros.

En seguida se dirigió hácia el Orme-Saint-Gervais.

III

JUSTA INDIGNACION DE UN PELUQUERO

El digno peluquero que habia echado de su casa á los dos niños á quienes Gavroche habia abierto el intestino paterno del elefante, se hallaba en aquel momento en su tienda, ocupado en afeitar á un veterano legionario que habia servido en tiempo del imperio. Suscitóse como de costumbre la conversacion, hablando naturalmente el peluquero al veterano del movimiento de aquel dia, y despues, del general Lamarque, y por último, del general Lamarque se pasó á hablar del emperador. De aquí una conversacion de barbero á soldado, que Prudhomme, si se hubiera hallado presente, habria enriquecido con arabescos, intitulándola probablemente : *Diálogo de la navaja de afeitar y del sable.*

¿ Digame usted, buen amigo, decia el peluquero, cómo montaba á caballo el emperador ?

— Mal. No sabía caer. Por eso no caía jamás.

— ¿ Tenía buenos caballos? ¿ debería tener caballos magníficos?

— El día que me dió la cruz, reparé bien el animal que montaba. Era una yegua corredora, blanca como una paloma. Tenía las orejas muy separadas, y era bastante bien ensillada, la cabeza fina, y marcada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, la espalda oblicua, las patas traseras vigorosas, Un poco más de quince palmos de alto.

— Hermosa bestia, repuso el peluquero.

— Era la bestia de Su Majestad.

El peluquero conoció que, despues de esta palabra, convenia observar un poco de silencio, y se conformó á ello : en seguida continuó :

— El emperador no fué herido sino una sola vez, ¿ no es verdad, buen militar?

El viejo soldado respondió con el acento tranquilo y sosegado de quien se halló allí :

— En el talon. En Ratisbona. Jamas le he visto tan bien puesto como aquel día. Iba limpio como un sueldo.

— ¿ Y usted, señor veterano, también ha debido ser herido con mucha frecuencia?

— ¿ Yo? dijo el soldado, ¡ ah! poca cosa. En Marengo recibí dos sablazos en la nuca, una bala en el brazo derecho en Austerlitz, otra en la cadera izquierda en Léna, en Friedland un bayonetazo — allá, — en la Moskowa, siete ú ocho lanzadas no sé dónde, en Lutzen un casco de granada que me arrancó un dedo... — ¡ Ah! y despues en Waterloo una viscaína en la pierna. Nada más.

— ¡ Qué hermoso es, exclamó el peluquero con acento pindárico, morir en el campo de batalla! ¡ Le doy á usted

mi palabra de honor de que yo, más bien que reventar en camastro, de enfermedad, lentamente, cada día un poco, con las drogas, las cataplasmas, la jeringa y la purga, preferiria recibir en el vientre una bala de cañon!

— No tiene usted mal gusto, respondió el soldado

Apénas acababan de decir esto, cuando hé aquí que un ruido espantoso hizo retemblar toda la tienda. Un cristal de la delantera acababa de estallar bruscamente en mil pedazos.

El peluquero perdió el color enteramente.

— ¡ Jesus! exclamó, esa es una!

— ¿ Qué?

— Una bala de cañon.

— Aquí está, dijo el soldado.

Y recogió del suelo una cosa que iba rodando. Era un guijarro.

El peluquero acudió presuroso á su vidriera rota, y vió á Gavroche que iba huyendo á todo correr hácia el mercado de San Juan. Al pasar por delante de la tienda del peluquero, Gavroche, que no podia echar en olvido la ruin conducta observada por aquel con los niños, no habia podido resistir al deseo de darle los buenos dias, y le habia arrojado una piedra á sus cristales.

— ¡ Lo ve usted! aulló el peluquero, quien de blanco se habia puesto azul, esos pilluelos hacen el mal por el mal. ¡ Qué es lo que habré yo hecho nunca á ese tuno?

IV

EL NIÑO SE ADMIRA DEL VIEJO

Entre tanto Gavroche acababa de operar su union — en el mercado de San Juan, — cuyo puesto habia sido ya desarmado, con una banda conducida por Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos se hallaban armados, sobre poco más ó ménos. Bahorel y Juan Prouvaire los habian encontrado y eran tambien de los que engrosaban el grupo. Enjolras llevaba una escopeta de caza, de dos tiros, Combeferre un fusil de guardia nacional que tenia inscrito un número de legion, y en la cintura, su levita desabotonada dejaba entrever dos pistolas, Juan Prouvaire un antiguo mosquete de caballería, Bahorel una carabina; Courfeyrac agitaba un baston con estoque desenvainado. Feuilly, empuñando un sable, marchaba delante y gritaba: ¡ Viva la Polonia!

Llegaban allí desde el muelle Morland, sin corbatas, sin sombreros, sofocados, pudiendo apenas respirar, mojados por la lluvia, echando relámpagos por los ojos. Gavroche se les incorporó con la mayor calma y serenidad, y les dijo:

— ¿ Adónde vamos?

— Anda, le contestó Courfeyrac.

Detras de Feuilly marchaba, ó más bien, iba dando botes y brincos Bahorel, aquel pez en el agua de la revuelta. Llevaba un chaleco carmesí y proferia palabras de esas que lo rompen todo. Su chaleco trastornó el seso á un transeunte que, al verle, gritó azorado:

— ¡ Ahí van los rojos!

— ¡ El rojo, los rojos! replicó Bahorel. ¡ Vaya un miedo estúpido, buen bourgeois! Por lo que hace á mí, yo nunca tiemblo á la vista de una amapola, la caperuzza encarnada, de los cuentos de Perrault, no me ha inspirado jamas ningun pavor. Créame usted, bourgeois, dejemos el miedo al rojo para el ganado vacuno, para los animales de cuernos.

Llegó á pasar junto á una esquina donde vió fijado un cartelon que era el papel más pacífico del mundo, un permiso para poder comer huevos y lacticinios, un mandamiento cuaresmal dirigido por el señor arzobispo de París á sus « ovejas.

Bahorel exclamó:

— Á sus ovejas, y por consiguiente, á sus carneros¹.

Y diciendo esto, arrancó el cartel de la esquina. Este acto le conquistó la voluntad y la adhesion de Gavroche.

¹ « Gansos, » dice el autor (*oies*), para que haga juego con rebaño ú « ovejas » (*ouailles*), cuya pronunciaci6n es muy semejante en frances. Nosotros hemos creido que la traducci6n libre que aquí damos es la que mejor puede interpretar la idea del texto original.

Desde aquel momento Gavroche se puso á observar y á estudiar atentamente á Bahorel.

— Bahorel, observó Enjolras, haces mal en eso. Tú habrias debido dejar ese mandamiento tranquilo ; nada tenemos nosotros que hacer con él, eso es gastar tu ira inútilmente. Guarda tu provision. Nunca debe hacerse fuego fuera de las filas, con el alma lo mismo que con el fusil.

— Cada cual tiene su género, Enjolras, repuso Bahorel. Esa prosa de obispo me choca, yo quiero comer huevos sin permiso de nadie. Tú perteneces al género frio que quema ; mientras que yo me divierto. Por lo demas, no creas tú que yo gasto ó malgasto mi bilis, no ; lo que hago es tomar arranques, ensayar y excitar mis instintos destructores ; y si he rasgado ese mandamiento, ¡ Herclé ! no es sino para entrar en apetito.

Esta palabra, *Herclé*, chocó á Gavroche. Buscaba este todas las ocasiones de instruirse, y aquel rasgador de carteles tenía toda su estimacion. Por fin se atrevió á preguntarle :

— ¿ Qué es lo que quiere usted decir con esa palabra, *Herclé* ?

Bahorel respondió :

— Eso significa voto al diablo, en latin.

En este momento distinguió Bahorel asomado á una ventana á un jóven pálido, con barba negra, que los miraba al pasar, y que probablemente era un Amigo del A B C, á quien le gritó :

— ¡ Pronto, cartuchos ! *para bellum*.

— Buen hombron, es verdad, añadió Gavroche, que ahora comprendia el latin.

Un cortejo tumultuoso los acompañaba, compuesto de estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cogurda de Aix, obreros, marineros, armados todos ellos de garrotes

ó de bayonetas, y algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de sus pantalones. Un anciano, que parecia muy viejo, marchaba tambien en aquel grupo. Este no llevaba armas, y se daba mucha prisa para no quedar rezagado. bien que parecia pensativo y triste. Gavroche le vió, y preguntó á Courfeyrac :

— ¿ Keksekça ?

— ¿ No lo ves ? es un viejo.

Este viejo era el señor Mabeuf.

V

EL VIEJO

Digamos lo que había pasado.

Enjolras y sus amigos se hallaban en el boulevard Bourdon, junto á los graneros de la Abundancia, en el momento en que los dragones habían dado una carga al pueblo. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre eran de los que habían tomado por la calle de Bassompierre gritando: ¡ Á las barricadas! En la calle de Lesdiguières, habían encontrado á un anciano que iba andando. Lo que había llamado su atención, era que aquel pobre viejo andaba en zigzag, como si estuviese ebrio. Además, llevaba su sombrero en la mano, bien que hubiese estado lloviendo toda la mañana, y no cesase de llover aún en aquel momento. Courfeyrac había reconocido en él al tío Mabeuf, á quien él conocía bien, por haber acompañado muchas veces á Marius hasta su puerta. Sabedor

de las costumbres pacíficas y más que tímidas del viejo pertiguero-bibliófilo, y pasmado de verle mezclado en aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio de los fuegos del tiroteo, con la cabeza descubierta bajo una lluvia tenaz, y paseándose entre las balas, se había acercado á él; y el arrojado de veinticinco años y el octogenario habían cambiado este diálogo:

- Señor Mabeuf, vuélvase usted á su casa.
- ¿ Por qué ?
- Porque va á haber gresca.
- Está bien.
- Sablazos, escopetazos, señor Mabeuf.
- Está bien.
- Y cañonazos.
- Está bien. ¿ Y vosotros, adónde vais ?
- Vamos á dar al traste con el gobierno.
- Está bien.

Y se había puesto á seguirlos con afán. Desde este momento ya no volvió á pronunciar ni una palabra. Su paso adquirió de improviso una seguridad y una firmeza sorprendentes; varios obreros le habían ofrecido el brazo, pero él le había rehusado con un signo de cabeza. Se adelantaba casi hasta llegar á la primera fila de la columna, mostrando á la vez el movimiento de un hombre que anda y el semblante de un hombre que duerme.

— ¡ Vaya un viejo terne y rabioso ! murmuraban los estudiantes. En el grupo circulaban rumores de que era — un antiguo convencional, — un viejo regicida. El atropamiento había tomado por la calle de la Verrerie.

El niño Gavroche marchaba delante con aquel cantar incesante y porfiado que hacía de él una especie de clarín. Ahora iba cantando

Voici la lune qui parait,
 Quand irons-nous dans la forêt ?
 Demandait Charlot à Charlotte.
 Tou tou tou
 Pour Chatou.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte

Pour avoir bu de grand matin
 La rosée à même le thym,
 Deux moineaux étaient en ribote.
 Zi zi zi
 Pour Passy.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte.

Et ces deux pauvres petits loups
 Comme deux grives étaient souls ;
 Un tigre en riait dans sa grotte.
 Don don don
 Pour Meudon.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte.

L'un jurait et l'autre sacrait.
 Quand irons-nous dans la forêt ?
 Demandait Charlot à Charlotte.
 Tin tin tin
 Pour Pantin.

Je n'ai qu'un Dieu, qu'un roi, qu'un liard et qu'une botte †.

† Ya sale la luna, ¿cuándo iremos al bosque? preguntaba Carlitos á Carlota. — Tou tou tou para Chatou.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
 Dos gorriones se emborracharon, por haber bebido rocío en el tomillo, á la hora del alba. — Zi zi zi para Passy.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.
 Y hé aquí á nuestros dos lobatos, beodos como dos mirlos, y á un tigre riéndose de ellos desde su gruta. — Don don don para Meudon.
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.

Marchaban en direccion de Saint-Merry.

El uno juraba y el otro blasfemaba. ¿Cuándo iremos al bosque ?
 Preguntaba Carlitos á Carlota. — Tin tin tin para Pantin (Paris).
 Yo no tengo más que un Dios, un rey, un ochavo y una bota.



VI

RECLUTAS

La banda engrosaba á cada momento. Hacia la calle de Billetes, incorporóse á ella un hombre de elevada estatura, con el pelo gris, cuyo semblante rudo y atrevido llamó mucho la atención de Courfeyrac, Enjolras y Combeferre, pero sin que ninguno de ellos le conociese. Gavroche, ocupado en cantar, en silbar, en zumbar, yendo siempre á vanguardia y golpeando las ventanas y las puertas de las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no fijó tampoco su atención en aquel hombre.

Sucedió que, caminando por la calle de la Verrerie, pasaron por delante de la puerta de Courfeyrac.

— Esto me viene bien, dijo Courfeyrac, pues se me ha olvidado la bolsa y he perdido el sombrero. Abandonó por unos instantes el grupo y subió en cuatro á cuatro los escalones de su casa. Tomó un sombrero viejo y su bolsa,

y también cogió un cofre cuadrado bastante grande, de las dimensiones de una maleta voluminosa, oculto entre su ropa sucia. Cuando volvió á bajar, corriendo á toda prisa, la portera le gritó :

— ¡ Señor de Courfeyrac !

— ¿ Portera, cómo se llama usted ? repuso Courfeyrac.

La portera quedó como sorprendida.

— Pero si usted lo sabe muy bien, yo soy la portera de la casa, y me llamo la tía Veuvain.

— Pues bien, si usted me vuelve á llamar señor *de Courfeyrac*, la llamaré yo á usted tía de Veuvain. Ahora, hable usted, ¿ qué hay ? ¿ qué es eso ?

Hay una persona que quiere hablar con usted

— ¿ Quién es ?

— No lo sé.

— ¿ Dónde está ?

— En mi cuarto.

— ¡ Vaya al diablo ! dijo Courfeyrac.

— ¡ Pero si está ahí esperando, hace ya más de una hora, á que usted entrara ! replicó la portera.

Y al mismo tiempo, una especie de joven obrero, flaco, descolorido, pequeño, marcado de pecas todo el rostro, vestido con una blusa agujereada y un pantalón de pana remendado, que más bien parecía una muchacha disfrazada de muchacho que un individuo del sexo masculino, salió del cuarto de los porteros y dijo á Courfeyrac con una voz que, esta sí, no tenía las menores trazas de ser voz de mujer :

— ¿ Me hace usted el favor de decirme si está ahí el señor Marius ?

— No está.

— ¿ Entrará esta noche ?

— No lo sé.

Y Courfeyrac añadió :— Lo que es yo, no entraré, de seguro.

El muchacho le miró fijamente y le preguntó :

— ¿ Y por qué no entrará usted ?

— Por que no.

— ¡ Pues adónde va usted ?

— ¿ Qué te importa á ti ?

— ¿ Quiere usted que yo le lleve su cofre ?

— Yo voy á las barricadas.

— ¿ Quiere usted que yo vaya con usted tambien ?

— ¡ Si te empeñas !... respondió Courfeyrac. La calle es libre, el empedrado pertenece á todo el mundo.

Y escapó él corriendo para ir á reunirse de nuevo con sus amigos. Cuando los alcanzó, dió el cofre á uno de ellos para que le llevara. Hasta un cuarto de hora despues, no se apercibió él de que el muchacho le habia seguido en efecto, y continuaba formando parte del grupo.

Una banda de gente de esta especie no va precisamente adónde ella quiere ir. Ya hemos explicado que una ráfaga de viento la arrebata. Pasaron más allá de Saint-Merry y se hallaron, sin saber cómo, en la calle de Saint-Denis.

LIBRO DUODÉCIMO

CORINTO

I

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACION

Los parisienses que, al entrar hoy en la calle de Rambuteau por el lado de los mercados centrales, observan á su derecha, frente á la calle de Mondétour, una tienda de cestería que tiene por muestra un canastillo figurando al emperador Napoleon el Grande con esta inscripcion :

NAPOLEON ESTÁ HECHO
TODO DE MIMBRE

están muy léjos de sospechar siquiera la existencia de las